

Paula Vargas Torres

Experiencia en MVRDV. Rotterdam.

En la entrada de la oficina de MVRDV en Rotterdam se puede leer “we create happy and adventurous places”.

En letras grandes sobre la marquesina que cubre la entrada dice “MVRDV”.

Desde fuera, si recorres la manzana, verás las salas de colores, especialmente cuando se hace de noche. Porque se ilumina como un escaparate, e incluso entonces, puede que veas gente trabajando. Desde lejos MVRDV no pasa inadvertido.

No resulta fácil adivinar qué hace la gente en MVRDV. Y creo que incluso a ellos les gusta la ambigüedad.

Por eso, a mi llegada me costó entender que en MVRDV no solo estaba trabajando para un estudio de arquitectura, sino que estaba trabajando bajo un nombre, una firma, una marca. MVRDV vende también su imagen. Y ese concepto es volátil. Sobre todo cuando se refiere a un proyecto.

Rotterdam también es el destino para otros estudios muy grandes como OMA, KAAO o West eight. Son empresas que se dedican a hacer arquitectura y como tal tienen un carácter muy diferente a todo lo que yo he conocido.

El ritmo es frenético. No es que todo el día todo el mundo esté trabajando como un loco, pero el hecho de que todo suceda simultáneamente en un mismo sitio da una sensación de absoluta locura. A mí me resulta fascinante.

También coincide con que la plantilla se renueva constantemente, y hay mucha gente que está de paso. Hay todo tipo de historias sobre gente que estuvo hace tiempo. Incluso en la página de OMA puedes ver todos los nombres de toda la gente que trabajó en algún proyecto que está publicado.



Entrada de MVRDV por la noche



Puente erasmus elevándose

Cuando alguien te cuenta alguna historia sobre alguna de estas leyendas te miran con cierto orgullo, no digo que no lo haga yo ahora, cuando cuento todo esto. Pero no deja de ser algo infantil todo el asunto.

Y si te quedas tiempo suficiente te darás cuenta de que todo el mundo se conoce. Al final Rotterdam es como un pueblo, y el mundillo de la arquitectura no es tan grande.

Teniendo en cuenta que muchos llevan bolsos de Susan Blij, es muy fácil reconocernos por la calle.

Imagino que hay mucha más gente en Rotterdam, pero sencillamente creo que para muchos en esta ciudad la arquitectura es todo lo que existe. Por lo menos así ha sido para mí durante estos meses.

En casa vivía con dos arquitectos. Uno trabajaba en OMA y la otra en V8.

Por las mañanas desayunábamos los tres en la cocina. Todos los días a las 8.45 se ponía a funcionar la fuente del canal de en frente de casa. Eso significaba que teníamos que salir de casa.

Yo cogía mi bici y en 10 minutos llegaba a en MVRDV. A las 9.10 nos reuníamos en zoom. Al principio el equipo era muy grande, pero a lo largo de los meses, conforme el proyecto avanzaba, cada vez quedábamos menos.

Los primeros cuatro meses trabajé en un proyecto en Shenzhen. Era una renovación de una torre que se destinaría a una organización para niños y mujeres.

Trabajábamos en colaboración con un estudio local en China, que se encargaba del proyecto de ejecución, y la filial de MVRDV coordinaba el trabajo. Concretamente Luca, que se conectaba todas las mañanas para ponernos al día sobre lo que había pasado en China mientras dormíamos. Siempre había cambios inesperados. Todo lo que entregábamos pasaba por lo menos tres filtros. Por un lado, el representante de gobierno, por otro lado, la asociación de las mujeres y los niños, y por último el cliente. No me sorprende que no se pusieran de acuerdo.

Dos semanas después de que yo llegara, entregamos los planos para el DD de la fachada. Después de eso, nos encargaron el diseño de interiores de los vestíbulos principales y de otros espacios con entidad como el auditorio. También nos ocupamos del diseño de paisaje.



Un fin de semana de viaje en caravana



Vista de la costa desde la Haya, finales de verano.

Los plazos eran muy ajustados y el cliente esperaba que entregáramos una presentación cada semana. Imagino que eso es lo habitual en el departamento de Asia. Pero a veces me daba la sensación de que las ideas tenían poco recorrido.

En MVRDV se pinta con brocha gorda.

No es que no presten atención al detalle. Es que creo que, si pudieran hacer los edificios sin encuentros, sin esquinas, lo harían. Ahora que lo pienso, resulta transgresor. Pero a mí, de entrada, me parecía frívolo.

Por eso, cuando en mi despedida me preguntaron cómo había sido mi experiencia, les dije me había dejado del todo confusa. Y sinceramente, creo que no habría sido mejor de otra manera.

Así que imagino que cualquiera que pase por Achterklooster, y mire hacia dentro, se quedará como yo, sorprendido, maravillado o incluso horrorizado. Porque al fin y al cabo en eso estriba la identidad de MVRDV: no deja a nadie indiferente.



Visita a Stadscocon con mi equipo.



Trabajando al lado de Jiameng.



Vista de las salas de colores de MVRDV desde Achterklooster.